

Sistema de Silvio.

Francisco Silvio de Le Boé, ó Le Boé Silvio segun otros, fundó un sistema llamado químico, preparado, digámoslo así, por las ideas de Paracelso y Wan-Helmont. Se le reconoce, por lo tanto, cómo el fundador de la Escuela llamada *Yatro-química*, fundada en las acrimonias ácidas y alcalinas, el fermento, efervescencias, alteraciones de los humores producidas por estas causas, considerando al cuerpo humano cómo una masa de los mismos en una continua fermentacion, destilacion, efervescencia y precipitacion, y prescindiendo completamente de los sólidos. El sistema filosófico de Descartes, fundado en el primer tercio del siglo XVII, ó sea, unos 30 años antes, no fué extraño al de que nos ocupamos, fundado en 1667, quedando convertido el cuerpo, en su virtud, en un laboratorio con sus hornillas, reactivos, tubos y retortas. Explicaba la digestion por la fermentacion que se verifica mediante un fermento. Admitia un triunvirato en los humores, explicando por su efervescencia la mayor parte de las funciones, representado éste sobre todo en la digestion por la reunion de la saliva, jugo pancreático y bilis en fermentacion. Explicaba tambien la produccion de las enfermedades por estas mismas alteraciones ó reacciones en los diferentes humores. La mayor parte de las enfermedades se consideraban producidas por los ácidos, y la minoría por los álcalis.

El tratamiento curativo corria parejas con las bases del sistema: se queria moderar la acritud de la bilis con el ópio y otros narcóticos: se daban las sales volátiles en casi todas las enfermedades, para corregir la acidez de la linfa por sus virtudes diaforéticas: para promover el vómito se usaban los antimoniales mas acres, hasta el polvo de Algaroth. Este sistema gozó de mucha celebridad por el crecido número de discipulos que tuvo, y por la reputacion de que disfrutaba la Escuela de Leiden, de la cual era profesor.

Al lado, empero, de esos desvaríos de la imaginacion reunió Silvio cualidades muy apreciables, á las que debió, y nó á su sistema, la gran reputacion que supo conquistarse, cualidades que hicieron dar á la ciencia un gran paso de progreso. En efecto, él fué quien introdujo la útil costumbre de dar lecciones clínicas en los hospitales y hacer au-

topias cadavéricas para la mas perfecta instruccion de sus alumnos, á quienes inculcaba la sábia máxima de que *la observacion es la piedra de toque para los sistemas*; y mientras hablaba en estos términos, no se le ocurrió que el suyo era el mas defectuoso de todos.

Tomás Willis no solo fué partidario suyo, sinó que se le consideraba cómo autor de él, en igual escala que á Silvio; reuniendo, lo mismo que éste, la cualidad de ser un buen médico observador: esto agregado á los interesantes trabajos que hizo sobre los nervios, constituyéronle acreedor á la fama póstuma que le dispensó la ciencia.

De lo dicho hasta aquí se deduce, que, si bien conceptuamos altamente ridículos, contrarios á la observacion, y, por lo tanto, inadmisibles sus principios químico-orgánicos, la ciencia les debe mucho por haber resucitado el espíritu de observacion que habia muerto hacia ya muchos siglos; dando un testimonio de ello los célebres prácticos que le sucedieron y que dieron amplio desarrollo á dicho espíritu de observacion; tales fueron Boerhaave, Sydenham, Baglivi y Hoffmann, de quienes vamos á ocuparnos muy pronto, los cuales, si bien combatieron la doctrina yatro-química, por estar en oposicion con los hechos, respetaron, sin embargo, las doctrinas experimentales de sus autores.

Siguieron este sistema Kerger, Bartolino, Guillermo Croone, Juan Rogers, Francisco Gros, Jacobo de Hadden y muchos otros; y lo combatieron Guy Patin, C. Guillemeav, A. Menjot, Conring, y muy particularmente Juan Bohn, Herman Boerhaave y Federico Hoffmann.

Sistema yatro-matemático ó yatro-mecánico.

A mediados del mismo siglo XVII se fundó una escuela médica llamada *yatro matemática ó mecánica*, cuyo lema era el siguiente: *El cuerpo del hombre y el de los séres vivos en general son unas puras máquinas, cuyas funciones se deben calcular por las leyes de la estática y de la hidráulica.*

Fundóla J. A. Borelli, discípulo del célebre Galileo, habiéndola sostenido y propagado muchos médicos, y entre ellos Bellini, Sandri, Hecqvét, Silva, y últimamente, Pitcarn. Éstos la sostuvieron en toda su pureza; pero otros, á pesar de que sufrían su yugo, y no pudiendo des-

conocer la verdad de los hechos, tuvieron la suficiente independencia para sacudirlo hasta cierto punto, lo que verificaron estableciendo una valla entre la teoría y la práctica: estos últimos fueron Boerhaave, Baglivi y Hoffmann, quienes, siendo mecánicos en teoría, eran hipocráticos en la práctica, lo cual no deja de ser una inconsecuencia, mucho mayor, sin embargo, en el terreno especulativo que á la cabecera del enfermo, debiendo hacerse aplicacion de lo que decimos de estas tres notabilidades médicas, á todos aquellos que profesando doctrinas distintas de la hipocrática, son sistemáticos en teoría, é hipocráticos en la práctica. Esto hace que no rechacemos, cómo rechazan algunos, la posibilidad de que profesores que corresponden á escuelas ó sistemas médicos distintos, convengan perfectamente á la cabecera de la cama, y hasta reunidos en junta, en el plan curativo que debe disponerse á un enfermo, con tal que reunan la condicion precisa de que en la práctica sigan la medicina de observacion. En efecto, ¿qué importa que se explique el mecanismo de las funciones y la produccion de las enfermedades por un fermento, acrimonia, efervescencia ó precipitacion de los humores, segun creen los yatro-químicos; ó por la laxitud ó constriccion de la fibra, cual suponen los metódicos; ó por el pneuma, cómo dicen los pneumáticos; ó por la inspitud de los humores que no pueden circular, segun creen los yatro-mecánicos; ó por el desarreglo del arqueo, cómo pretende Wan-Helmont, etc., etc., si tienen la suficiente madurez de juicio para saber distinguir el papel tan distinto que desempeña el profesor dando lecciones teóricas en su cátedra, del que ha de trasladar á los recetarios sus ideas prácticas, despojadas enteramente de las sutilezas y atavíos que engalanan los sistemas? ¿qué importa todo eso, si están bien convencidos de que en la práctica no hay otra piedra de toque que los buenos ó malos resultados, y que esta piedra de toque no es mas que la observacion fiel, seguida de una constante experiencia? Si se tratase, empero, de médicos sistemáticos, lo mismo en la teoría que en la práctica, y que obcecados por sus respectivos sistemas, desconociesen la importancia de la observacion; en estos casos seria verdaderamente inconcebible que pudiesen entenderse y estar en armonía en los planes de curacion. ¿Quién es capaz, en efecto, de conciliar la opinion de un browniano con la de un broussista, cuando el primero no se acuerda mas que de

la quina y de los estimulantes, y el segundo de las sanguijuelas y de la goma?

Prescindiendo, empero, de estas consideraciones, vamos á ocuparnos ya de dicha doctrina. Consignada, al definirla, su base esencial, diremos, que las principales causas que secundaron su aparicion, fueron las tres siguientes: 1.^a la doctrina de la circulacion de la sangre, tal cómo la expuso Harvey, que fué quien hizo tan importante descubrimiento, por creerse que se verificaba por el mecanismo de una máquina hidráulica: 2.^a el gran desarrollo que tomó la filosofía de Descartes tan enlazada con las matemáticas: 3.^a el haber sido la Italia el primer país en que, despues de los siglos de barbarie y oscurantismo, renacieron á la vez las ciencias y la mas inviolable facultad del hombre, ó sea la libertad de pensar. Diremos, sin embargo, en obsequio á la justicia, que Sanctorio se habia propuesto ya antes que Borelli y Boerhaave, introducir la mecánica en la medicina, siendo muy recomendables los aforismos que consignó sobre la terapéutica dietética con aplicaciones á la transpiracion cutánea.

Borelli hace una perfecta y exacta aplicacion de las leyes de las palancas á los movimientos musculares; pero no fué tan afortunado en explicar la causa próxima ó la esencia, digámoslo así, del movimiento de un músculo, cómo no lo puede ser nadie, sin admitir el principio de la vida. En efecto, dijo que la causa próxima del movimiento de un músculo es el entumecimiento de éste, que resulta de la *esfervescencia del flúido nervioso con la sangre*, explicando mecánicamente las demás funciones del cuerpo. Apeló á la acrimonia del referido flúido nervioso para explicar la fiebre, al paso que Bellini, partidario del mismo sistema, la explicaba por la estancacion de la sangre y su condensacion en las redes capilares, así cómo tambien la inflamacion. Esto prueba claramente que los yatro-mecánicos guardaban todavía resabios del sistema químico.

Boerhaave. Este célebre práctico, uno de los que han disfrutado de mayor fama á fines del siglo XVII y á principios del XVIII, nació el 31 de diciembre de 1668, en Voorhout, pequeña villa cerca de Leiden, en Holanda. Explicó las funciones fisiológicas, los fenómenos morbosos, las causas de éstos y la accion de los medicamentos por las leyes de la estática, de la hidráulica y de la química. Hacia consistir la calentura

en la velocidad del pulso y en la resistencia de los vasos capilares. Fijaba la inflamacion en las extremidades arteriales rojas y blancas; diciendo ser el resultado de la obstruccion, y de la celeridad aumentada en el lugar de la misma. La obstruccion reconocia dos causas, á saber: el aumento y densidad de la sangre que supera el diámetro del vaso, ó la disminucion de éste, que no permite el paso de los glóbulos sanguíneos. La resolucion y terminacion de las inflamaciones se explicaban por un movimiento retrógrado de la sangre detenida en las extremidades arteriales ó en otros vasos de mayor calibre.

Cómo consecuencia de esta teoría, las evacuaciones de sangre eran el remedio predilecto de Boerhaave, excediéndose quizás algo en las generales, por atender á veces á la enfermedad, mas que á las circunstancias individuales del enfermo. Por esto tambien se cumplian á menudo las indicaciones de desobstruir los tejidos, fortificar partes relajadas, diluir ó fundir los humores inspissados, neutralizar ó dulcificar una acrimonia, etc., etc.

De lo dicho se deduce, que se daba tambien grande importancia á los sólidos, por cuya razon puede decirse que era un sistema tan complejo, que ponía á contribucion las doctrinas de los humoristas, solidistas, mecánicos y químicos, usando á menudo el lenguaje propio de esos diversos sistemas, sin olvidar las columnas, receptáculos, poleas, palancas, cuerdas, filtros, prensas, etc.

Diremos pues, que este sistema es inadmisibile, debiendo, empero, recomendarse la práctica de Boerhaave, por ser casi enteramente hipocrática. No solamente eso, sinó que varios de los preceptos que consigna en sus instituciones médicas, prueban ideas vitalistas en completa oposicion con las mecánicas. En confirmacion de eso, nos contentaremos con recordar aquel sabio aforismo, citado ya, que dice: « La causa que cura las enfermedades á beneficio de los medicamentos, es la *vida* que aun queda en el enfermo, y el temperamento del mismo: cuando la vida es inactiva ó deficiente, todo medicamento es ineficaz.»

No nos ocuparemos en particular de Baglivi, Hoffmann y Sydenham, porque caeríamos imprescindiblemente en muchas repeticiones, supuesto que los dos primeros pertenecieron á la misma escuela de Boerhaave, y el tercero era humorista; pero sí diremos que fueron tres lumbreras de la medicina de observacion de los siglos XVII y XVIII, y

que inauguraron en union de Boerhaave, un nuevo período de la medicina, que nos recuerda los buenos tiempos en que vivía el venerable Hipócrates, habiendo empezado ya á verificar esta reaccion en pró de la medicina hipocrática los yatro-químicos Silvio y Willis, quienes, segun hemos insinuado ya, á pesar de ser, no solo sistemáticos, sino hasta fundadores del sistema que seguian, conocieron, no obstante, el valor que debe darse á la observacion, siendo, por lo tanto, sistemáticos en teoría y casi enteramente hipocráticos en la práctica; de modo que les sucedió con su sistema, lo que á Boerhaave, Baglivi y Hoffmann con el suyo respectivo, á saber, químicos unos, y mecánicos otros en teoría, é hipocráticos todos en la práctica.

Debemos, no obstante, decir de Hoffmann, que es el representante del solidismo de nuestros dias; pero no de una manera tan exclusiva que deje de tener al mismo tiempo algo de humorista y animista, y físico ó mecánico en alto grado. Admitia varias propiedades en los sólidos orgánicos, v. gr. la expansion y contraccion de los tejidos, la tonicidad de Hállér, y el espasmo que posteriormente desenvolvió Cúllen, habiendo dado lugar los principios de éste y de Hoffmann al sistema de Brown que nació algun tiempo despues.

LECCION LV.

Animismo : solidismo : sistema de Brown.

Animismo.

Basta consignar esta palabra, para conocer la reaccion que se verificó contra el sistema yatro-mecánico, reaccion vituperable, cómo lo son, por punto general, todas las que se verifican en materias, tanto científicas, cómo políticas y religiosas, porque dominados sus autores por un celo desmedido, ó quizás por cuestiones personales ó antipatías de escuela, ó cualesquiera otros motivos análogos, llevan imprudentemente sus opiniones hasta la exageracion, cayendo en un ridículo exclusivismo, y no deteniéndose en su marcha, hasta tocar á un extremo enteramente opuesto al que quisieron combatir, y creen adquirir mayor

galardon si logran arrancar hasta la mas profunda piedra de los cimientos de la doctrina de sus adversarios. ¡Ilusos! olvidan que el cuerpo del hombre es una máquina viviente muy complicada, y cuyas funciones pueden alterarse por mil causas diversas, para que podamos explicar ya la vida, ya la produccion de las enfermedades por un principio único y exclusivo! ¿Qué diríamos del que en una complicada máquina de las que sirven para la industria donde hay motores, ruedas de distintas clases, correas, palancas, poleas, receptáculos, tornillos, cilindros, válvulas, etc., se empeñase en explicar los productos de la industria por cualquiera de estos elementos, de una manera exclusiva? Diríamos, sin duda, que era un visionario. Pues lo mismo debe decirse del médico que se empeña en explicar las funciones del cuerpo, ya en estado de salud ya en el de enfermedad, solo por los humores, ó por los sólidos, por los principios químicos, ó los físicos ó los vitales. La materializacion, pues, de los fenómenos vitales verificada por los yatro-mecánicos, inadmisibles de todo punto, dió márgen á la animizacion ó vitalizacion (permítansenos estas expresiones, que si no son castizas, manifiestan por lo menos nuestra idea) de los fenómenos puramente físicos ó mecánicos. Véanse aquí frente á frente dos opiniones opuestas é inadmisibles por lo exageradas: hé aquí á Sthal frente á frente de Boerhaave, con la pretension de reducir á la nada la maravillosa y complicada máquina de nuestro cuerpo, para ensalzar á expensas de éste, y conceder las dotes de la mas alta inteligencia al alma, verdadero hipomoclio ó punto de apoyo de su sistema, conocido por esta razon con el nombre de *animismo*.

A fines del siglo XVII ó á principios del XVIII, fundó Gregorio Ernesto Sthal un sistema con el epígrafe que hemos señalado, y cuya base es la siguiente: *El cuerpo cómo tal no tiene la facultad de moverse, y debe, por lo mismo, ser movido por sustancias inmateriales. Todo movimiento es un acto inmaterial y espiritual*. Este sistema está íntimamente enlazado con el de Wan-Helmont, ó sea el *arqueismo*, y hasta podríamos decir que es hijo de éste, que estaba generalmente adoptado en Alemania á fines del siglo XVII. No hay mas que sustituir á la palabra *animismo* la de *arqueismo*, y tendremos la fotografía del de Wan-Helmont. Tampoco es extraño á este sistema el *naturismo* de Hipócrates.

De la mencionada proposicion se deduce, que todos los hechos de la vida están subordinados á la influencia de una causa psíquica ó psicológica; que la materia es enteramente pasiva, y que todo movimiento es un acto inmaterial.

Siguiendo Sthal el principio de Newton, de que no deben admitirse muchas fuerzas, cuando los efectos son idénticos, refirió á un sér inmaterial, ó sea, al *alma* la causa de la actividad de los cuerpos organizados que vela de continuo por su conservacion. Cómo fácilmente se echa de ver, substituyó la palabra *alma* á la expresion favorita de Hipócrates, ó sea, la de *naturaleza*. Atribuye al alma todos los movimientos involuntarios, asegurando que no tiene conocimiento ni conciencia de ellos, y que obra á *ratione* y no á *ratiocinio*. Nos dá una idea de esta distincion lo que sucede de continuo en los actos mas comunes de la vida; en efecto, cuando echamos á andar, lo hacemos por la voluntad; dados, empero, los primeros pasos, la voluntad y la razon no obran ya; entonces la progresion se verifica de una manera instintiva ó automática. Para abreviar diremos, que explicaba todos los fenómenos fisiológicos y patológicos por la influencia del *alma*. Decia que la calentura es un esfuerzo saludable de la autocracia de ésta, para vencer el obstáculo y resolver los infartos que producen muy á menudo las fiebres y las inflamaciones. Véase ahí, pues, un conjunto de ideas humoristas, solidistas y mecánicas.

Consecuente con la grande importancia que daba al alma, y en la conviccion de que todos sus actos se dirigen siempre á la conservacion de nuestro cuerpo, usó mucho, mejor diremos, mas de lo justo y racional, la medicina expectante. Si la expectacion prudente es uno de los elementos mas apreciables en el tratamiento de las enfermedades, cuando es exagerada se convierte en una fria contemplacion de la muerte. No se crea, sin embargo, que tan solo la expectacion constituyese sus planes de curacion; pues obraba con energía cuando lo creia necesario, si bien, segun hemos indicado antes, tenia una marcada predileccion por aquella, circunstancia que le separó algun tanto de la senda de la medicina hipocrática. Si algunos de sus discípulos exageraron su método de expectacion hasta el extremo de proscribir enteramente la medicina activa, no pueden atribuirse á Sthal, ni estos absurdos errores, ni sus funestas consecuencias.

Los mas célebres que formó el mismo fundador, fueron Carl, Coschwitz y Gihl. Los que le siguieron, fueron en número bastante considerable.

Ahora bien, hecha esta ligerísima reseña del sistema de Sthal, ¿qué debemos pensar de él? Por de pronto diremos, que fué colossal la empresa que acometió. Solo un hombre de su temperamento, pasiones y carácter, de su genio tétrico y melancólico, y de un orgullo sin límites, que le hacia despreciar todo lo que no era de su escuela, solo un hombre de semejantes circunstancias podia levantarse á combatir la despótica influencia que sobre todas las inteligencias ejerciera en aquella época la filosofia de Descartes. De ahí es, que se levantó á su vez contra el mismo una numerosa cruzada, cuyos ataques resistió con valentía.

Dos servicios de importancia hizo Sthal á la medicina, relativos el primero á las ideas que combatió, el segundo á las que defendió. En efecto, destruyó el *mecanismo absoluto*, lo que, á decir verdad, hubiera servido de muy poco, si hubiese sido sustituido por el *animismo absoluto* tambien, segun pretendia su fundador; pero si en los primeros tiempos de este cambio radical pudo suceder esto, no así mas tarde, pues en las obras de los escritores que siguieron á éste, vimos ya unidos y armonizados el *animismo* de Sthal y el *mecanismo* de Borelli, en diferentes proporciones, segun el predominio de las ideas espiritualistas ó de las materialistas en cada uno de ellos. El segundo servicio fué resucitar y defender la existencia de esta pujanza interior, de esta naturaleza, de este principio vital ó de esta fuerza medicatriz, llámese cómo se quiera, que vela de continuo por nuestra salud y conservacion, y que si bien algunas veces sufre descarríos funestos á la humanidad, lo mas comun es, que sea su áncora de salvacion, pues ya hemos dicho al hablar de la fuerza medicatriz, y repetimos ahora, y no nos cansaremos de decirlo en todas partes, que sin la naturaleza no hay curacion posible. Tambien añadiremos aquí, cómo dijimos allí, que de esto no se deduce, que se la deba rendir siempre un homenaje servil y fanático, sinó racional y moderado, segun nos enseña la medicina de observacion.

Al lado, empero, de estas verdades, figuran algunos errores que es preciso combatir. Si se hubiese dicho que las fuerzas materiales no

pueden obrar por sí mismas sin un impulso exterior, hubiera dicho una verdad; pero cayó en un error lamentable al negar á la materia hasta la fuerza inherente. Además, es imposible explicar por una sola causa todos los actos de la vida del hombre: recordemos que existe una vida orgánica y otra animal, que si bien están íntimamente enlazadas para formar ese *consensus*, sin el cual no es posible aquella, tienen, sin embargo, caracteres muy distintos: recuérdese que no tenemos conciencia de los fenómenos de la primera, ni puede nada sobre ellos la voluntad, al contrario de lo que sucede en los de la vida de relacion. ¿No confundiríamos también, insiguiendo este sistema, dos elementos tan opuestos cómo son el instinto y la razón y que están en una perpetua lucha?

De lo expresado deduciremos, que el sistema de Sthal no puede ser admitido en toda su extensión, por apoyarse en principios que están en abierta pugna con la razón y la experiencia; pero cómo en la práctica dió la preferencia, no todo lo que debía, á la medicina hipocrática, prescindiendo de sus ideas teóricas; puede recomendarse bajo este punto de vista.

Solidismo.

El sistema que acaba de ocuparnos sufrió la misma suerte que corren todos los sistemas, es decir, que cayendo en el escollo del exclusivismo, cómo les sucede á todos, se levanta al cabo de mas ó menos tiempo el que está destinado á reemplazarles. Esto sucedió al *animismo*. Acabamos de ver que éste es insostenible conforme lo fundó Sthal.

La prepotente autoridad de Hoffmann contuvo los progresos del *sthalianismo*. Ya dijimos que este autor pertenecía á la escuela yatro-mecánica, pero no estaba afiliado á ella de una manera tan absoluta y exclusiva, que dejase de aprovecharse de las verdades contenidas en las otras; así es, que daba una gran importancia al sistema nervioso representante en los diversos sistemas, del *pneuma, spiritus* y *arqueos*, de lo que resulta que mas bien que *mecánico*, era mecánico dinámico, lo cual nos prueba claramente la siguiente definición que dió del hombre: *Homo rectius definitur, quod sit mens, sive substantia intelligens et liberè agens unita cum corpore organico artificiosissime constructo vivo....* La mejor definición que puede darse del hombre

es decir que es el entendimiento, ó la sustancia dotada de inteligencia y de libre albedrío, unida á un cuerpo orgánico vivo de una maravillosa construccion. Refutó á los animistas puros demostrándoles que considerar el alma cómo la causa que produce todos los fenómenos de la vida, era una suposicion, no solo gratuita, sinó tambien inadmisible: explicaba las funciones por el movimiento de los sólidos que conocia con el nombre de *constriccion y expansion*, atribuyendo al pneuma, y no al alma espiritual de unos, ni á la sensitiva de otros, la causa de los referidos movimientos, reconociendo al mismo tiempo los verdaderos atributos del alma humana.

Cúllen continuó, por decirlo así, la obra de Hoffmann, la cual ilustró y perfeccionó; pero si bien supo purgarla de algunos errores, él cometió otro, dando una importancia exagerada y una influencia casi exclusiva á su *espasmo*, de donde resultó el número extraordinario de enfermedades espasmódicas y de sus remedios antagonistas, ó sea, los anti-espasmódicos. En pocas palabras puede expresarse la reforma hecha por Cúllen en el sistema de Hoffmann: *Tonicidad y atonía en los sólidos; tonicidad y atonía en los nervios, expresando estos estados bajo los nombres de espasmo y debilidad*. Gran parte de esta reforma se halla basada en la *irritabilidad* de Hállér, quien hizo inmensos beneficios á la medicina, por haber introducido el arte experimental en la fisiología.

Vamos á ocuparnos ya de otro sistema hijo de las doctrinas de Glisson, Hállér, Hoffmann y Cúllen. Nos referimos al de Brown.

Sistema de Brown.

En 1780 vió la luz pública otro sistema médico conocido bajo el nombre de *brownismo*, por haberlo fundado Brown, médico escocés. Quizás no sea inexacto decir, que el origen de este sistema se debe á la animosidad que cobró Brown á su maestro y protector Cúllen. Levantóse, en efecto, contra éste el reformador escocés, hombre dotado de audacia, de presuncion y aun de dureza, de una imaginacion brillante y de una lógica inflexible; no poseia, empero, aquella erudicion médica, universalidad de conocimientos filosóficos y el don de la observacion, circunstancias del todo indispensables para el que acomete-

tiendo la colosal empresa de fundar un sistema, debe colocarse á una altura tal, que domine por completo el campo de la ciencia. Segun iremos viendo, puede decirse que este sistema es una edicion moderna del *metodismo*, ó sea del *strictum et laxum* de Themison. Lo presenta de una manera tan sencilla é inteligible, que no puede menos de seducir á primera vista, y mientras no se le examina á fondo. En efecto, no hay mas que dos clases de enfermedades, dos clases de síntomas, y dos clases de remedios. No anticipemos, empero, estas ideas, y vamos á exponer sus principios fundamentales.

El organismo viviente puede presentarse en tres estados diferentes, que son: *salud, oportunidad á las enfermedades y enfermedad*; la primera y la última son claras y evidentes; la segunda es un estado intermedio que no siempre es fácil conocer.

La vida se sostiene por la sola accion de los *estimulantes*. La facultad de sentir su impresion es la *excitabilidad* ó *incitabilidad*, que se *aumenta* por todos los agentes que se ponen en contacto con la fibra y el efecto que resulta es la *incitacion*.

Los estimulantes demasiado aumentados producen enfermedades esténicas, y demasiado disminuidos las ocasionan asténicas.

La incitabilidad se agota, ó poniéndose en accion, ó por la excitacion; y este agotamiento dá la debilidad indirecta, en la que caen todos los que han abusado de los licores espirituosos, y que habiendo llegado á ser menos sensibles á su efecto, se ven obligados á aumentar sus dosis para procurarse la incitacion..... La incitabilidad se acumula, al contrario, ó por el defecto, ó por la ausencia de los estimulantes, lo que produce la debilidad ó astenia directa, en la que los mas ligeros estimulantes producen una grande incitacion.

La predisposicion ú oportunidad, es un estado intermedio entre la salud y la enfermedad: admite dos oportunidades, la esténica y la asténica. La primera es aquel estado particular en que tanto la accion de los estimulantes cómo la incitabilidad, están aumentados hasta el extremo de que un estímulo más, basta para producir una enfermedad de la misma clase de la predisposicion; la mejor comparacion que podemos hacer de semejante estado, es lo que sucede con una copa de agua que está completamente llena, sin derramarse ni una sola gota, esto representa la oportunidad; en esta situacion se echa un chorro

de agua en la referida copa, y en su consecuencia se derrama; el chorro es el nuevo estímulo, el derrame la enfermedad. La segunda, ó la *asténica*, es aquel estado en que los estimulantes y la incitabilidad son menores de lo que requiere una perfecta salud: la luz de una lámpara que va amortiguándose por falta de aceite, representa esta última clase de disposicion. (Permitánsenos estas comparaciones harto vulgares, en obsequio á la claridad.) Estas disposiciones ú oportunidades se conocen tambien con el nombre de *diátesis*.

Las enfermedades *esténicas* pueden degenerar en *asténicas*: una debilidad *directa* puede hacerse *indirecta*, ó vice-versa, cuando la enfermedad no se dirige de la manera mas conveniente. *Salud, oportunidad morbosa, enfermedad y muerte* son diferentes gradaciones de un mismo estado.

Las enfermedades pueden ser *generales* ó *locales*; aquellas van precedidas de la *diátesis*, éstas nó. Las causas que dan lugar á las enfermedades generales obran sobre la totalidad del organismo, sin dirigirse de preferencia á punto alguno particular, sucediendo lo contrario en las que producen las locales, á pesar de que las últimas pueden invadir todo el organismo, y convertirse en generales. La naturaleza de las causas y los primeros síntomas aclaran el carácter *local* ó *general* de la dolencia; lo primero supone *lesiones de organizacion*, lo segundo *modificaciones de la incitabilidad*.

La inmensa mayoría de las enfermedades son asténicas; una pequeña minoría esténicas: hay solo dos clases de medicamentos, *estimulantes y debilitantes*; en consecuencia de lo que hemos dicho, se usan los primeros con profusion, los segundos con mucha parsimonia.

Expuesto en compendio el sistema de Brown, pasemos á ver de una manera compendiosa tambien, las verdades y los errores que contiene.

Es una verdad demostrada todos los días por la experiencia, que el organismo viviente puede presentarse en los tres estados de salud, oportunidad á las enfermedades y enfermedad: siendo evidentes el primero y tercer casos, citaremos en comprobacion del segundo, la plétora fisiológica llevada al extremo, ó en general la robustez excesiva, pues sabemos que una y otra constituyen la inminencia para que ya espontáneamente, ya por un estímulo cualquiera, se verifiquen congestiones, derrames ó hemorragias activas, ú otra cualquiera enferme-

dad de exceso. Mas diremos, que muy á menudo existe esta *oportunidad* ó la predisposicion para contraer las enfermedades, segun el lenguaje de la patología general, en un estado *latente*, y que, por lo tanto, solo puede conocerse *à posteriori*, es decir, cuando se ha desarrollado la enfermedad. ¿Quién ignora que una causa que ha obrado repetidas veces sobre nuestra economía, sin producir el menor resultado, por no existir en la misma, predisposicion para ser afectada por dicha causa, ó en otros términos, por existir la *inmunidad*, provoca en otras ocasiones, estados morbosos, aun suponiendo igualdad, ó por lo menos, grande analogía de circunstancias entre los casos en que no sobrevino enfermedad, y los en que se presentó?

Es una verdad incontestable que los estimulantes sostienen la vida y hasta la salud; téngase, empero, cuidado en no dar á este principio un valor *absoluto* hasta el extremo de olvidarse de la *vida*. Si se admitiese que ésta es un efecto de la incitabilidad y de la incitacion puras, seria despojarla de la *espontaneidad* que tiene por principal carácter, y asemejarla á una máquina de fisica. Advertimos, pues, que este principio debe tomarse en el sentido que acabamos de expresar. Así pues, las palabras *incitabilidad* é *incitacion* tienen un significado que las asimila, digámoslo así, al órden moral: en efecto, tratándose de un cuerpo físico ó inanimado, no se dice de él que se le *incita* al movimiento, sinó que se le impulsa ó impele al movimiento: se dice, por el contrario, *incitar* á una accion, cuando se trata de un sér provisto de una actividad tal, que no cede por un movimiento pasivo á la impulsion que le viene de fuera, sinó que antes de obrar interviene con su *propia energia*; de lo cual se deduce lo que hemos indicado antes, á saber: que el efecto producido no está, cómo en los cuerpos físicos, en constante y exacta proporcion con la causa exterior que obra, sinó que entra cómo elemento la disposicion particular de la vida en que se encuentra en el momento de obrar la causa externa.

Si bien es verdad, por punto general, que el aumento de los estimulantes produce las enfermedades esténicas, y la disminucion las asténicas, debemos, sin embargo, hacer algunas reflexiones acerca de este punto. En efecto, esta division, que no cabe mas sencilla, excluye gran número de estados morbíficos, que son tan importantes cómo los que en la misma se comprenden. El estado de opresion de las fuer-

zas nada se asemeja á la astenia indirecta, y por consiguiente, parece no tener cabida en el sistema de Brown: si por otra parte nos desentendemos de él, dejan de apreciarse las causas interiores y materiales que han precedido.

Habiendo considerado Brown la economía en masa, y nó los tejidos de que se compone en particular, ha creído que las causas que obran sobre ella, producen un efecto uniforme en toda su extensión, excitándola ó debilitándola. La práctica diaria nos demuestra evidentemente la falsedad de este raciocinio: vemos, con efecto, á un sugeto afectado de plétora, y por lo tanto, con sobre-excitacion en el sistema sanguíneo, que presenta al mismo tiempo una astenia tan marcada en el aparato muscular, que apenas puede verificar la progresion ni mover quizás un miembro, fenómenos que se observan tambien en los casos de inflamaciones mas ó menos violentas de distintos órganos y aparatos, en los cuales, á medida que rebaja el estado inflamatorio del órgano afecto, aumenta la fuerza del sistema muscular; esto nos prueba que una sobre-excitacion mas ó menos limitada coexiste á veces con la disminucion de la suma general de las fuerzas. Por no haber conocido ó haber tal vez olvidado esta distincion, ó sea, esta compatibilidad en la economía de fenómenos, al parecer tan opuestos, señaló el reformador escocés, cómo único carácter de las enfermedades *esténicas, la riqueza y la violenta excitacion del aparato sanguíneo; y la disminucion de la suma general de las fuerzas, cómo tipo de las asténicas.* Esta clasificacion dicotómica de las enfermedades, basada en los caracteres referidos, ha ocasionado daños de consideracion; pues cómo todas las enfermedades producen, á no tardar, esta disminucion de fuerzas, siendo unas veces real y otras dependiente de la opresion, de ahí es que el número de las asténicas ha crecido de una manera extraordinaria, pues el temor de la debilidad ha retraido á los brownianos de dedicarse á distinguir la *esencial* de la *sintomática*, y la *verdadera* de la *falsa*, apresurándose en su consecuencia á trasportar al cuadro de las *asténicas* las *esténicas que se prolongan algun tanto*, y empleándose, cómo una induccion lógica tambien, *el plan estimulante, mayor número de veces y con una anticipacion que rechaza la sana práctica.* Para encarecer mas la importancia de estas reflexiones, nos limitaremos á recordar, que muchas veces existen debilidades locales

directas ó indirectas, sin debilidad general, segun nos lo prueba la amenorrea dependiente de una astenia de la matriz, en una mujer que goza, por otra parte, de una robustez moderada. Vemos, por el contrario, sugelos con una debilidad general que se afectan con facilidad de una inflamacion cualquiera, de una pulmonía, por ejemplo, á consecuencia de esta misma debilidad, en virtud de la cual no puede la naturaleza oponerse con energía á la influencia de la causa morbífica.

Obsérvase, en efecto, con frecuencia, que los órganos estimulados con exceso, van haciéndose cada dia menos sensibles á la accion de los estimulantes; este principio, empero, reconoce ciertos límites y presenta varias excepciones, segun los individuos, que es preciso conocer. Ciertamente es una verdad incontestable que muchos bebedores, mas diremos, quizás la mayoría de ellos, se acostumbran en fuerza de las leyes del hábito, al uso de los licores espirituosos en términos que consumen de ellos, sin embriagarse, cantidades tan crecidas, que no hubieran podido soportar, ni aun otras mucho menores, sin graves alteraciones en su salud, antes de haber contraido un vicio tan degradante; pero no es menos verdadero tambien, que hay otras muchas personas que nunca llegan á adquirir esta especie de privilegio ó de inmunidad, por mas tiempo que lleven de beber, embriagándose, por lo tanto, siempre que traspasan ciertos límites. En vista de lo dicho, no puede admitirse cómo *absoluta*, una ley que ofrece tantas excepciones. No es esto todo, sinó que se verifica aun otro fenómeno que contradice mas y mas dicho principio. La mayor parte de los borrachos, por no decir todos, acaban despues de mas ó menos tiempo, por perder la razon, mediante cantidades de licores tanto mas escasas cuanto mayores han sido los excesos cometidos antes, verificándose esto en una época tan prematura, que excluye toda idea de atribuirlo á la atonía que acompaña á la edad avanzada. En estos casos vemos que la incitabilidad, en lugar de haber disminuido, se ha aumentado de una manera considerable. Lo mismo puede decirse de los alimentos muy sustanciosos, de los condimentos fuertes, y en una palabra, de todos aquellos agentes que producen una sobre-excitacion de las potencias de la vida.

A estas consideraciones añade otras tan filosóficas cómo interesantes el médico hipocrático de Sevilla, tan buen práctico cómo notable

por su erudicion, D. Manuel de Hoyos-Limon, manifestando que no puede admitirse en principio *absoluto* que la incitabilidad se gaste á medida que se ejercita, si se reflexiona que la edad en que las enfermedades mas leves pueden ocasionar graves conflictos, no es precisamente la época en que la *incitabilidad* está ya gastada, sinó que, por el contrario, observamos que cuando nuevos aparatos entran en accion, cuando la vida ofrece en sus evoluciones un giro distinto del que habia seguido hasta entonces, es cuando las enfermedades superan con mas facilidad nuestra resistencia vital; si se reflexiona que el número de las defunciones no guarda proporcion al de años que pasan por el sér vivo, cómo deberia guardarse si fuese siempre verdadero dicho principio. Dígalo, sinó, el número considerable de niños que fallece, siendo así que en dicha edad no solamente no está gastada, sinó que ni aun siquiera, por decirlo así, ha empezado á ponerse en juego la incitabilidad. Todo ello prueba que la hipótesis de Brown sobre el *dispendio de la incitabilidad*, y la aparicion de la *debilidad indirecta*, es inadmisibile. Además, semejante idea está reñida con la *finalidad* y la *espontaneidad* conservadoras del agente que dirige los fenómenos de nuestra economía, con los métodos naturales y con los imitadores, con las crisis, con las enfermedades específicas, porque no representan el *mas* ó el *menos* de la cantidad de vida, sinó la *cualidad* ó diferencia de naturaleza de las mismas, y consiguientemente tambien, con los medicamentos específicos.

No hay duda que la falta de los estímulos necesarios á la vida produce algunas veces una debilidad general, con aumento de la incitabilidad; pero tampoco la admite que dicha causa debilitante agota algunas veces esta última, consumiendo las fuerzas. Podríamos decir que sucede en esta segunda parte de la ley fisiológica que nos ocupa, un fenómeno parecido á lo que hemos observado en la primera. En efecto, se ha visto en ella, que así cómo la repeticion de los estímulos gasta á veces la incitabilidad, otras no solo no la gasta, sinó que la aumenta; y en esta segunda parte observamos, que la consuncion de las fuerzas coincide ya con el aumento, ya con la disminucion ó pérdida completa de la incitabilidad.

La *oportunidad* de Brown es una verdad; pero no ha hecho de ella, á nuestro modo de ver, la aplicacion mas prudente por haberla reser-

vado únicamente para los casos de enfermedades generales, suponiendo que no pueden éstas existir sin que previamente haya existido aquella, y que, por lo tanto, toda dolencia que se presente de una manera repentina y sin la diátesis manifiesta, debe ser precisamente local. El primer extremo de esta proposición es verdadero, pero no lo es siempre el segundo: en efecto, una calentura nerviosa es siempre una enfermedad general; pero según las ideas de Brown, será unas veces general y otras local: si recae en un sujeto, cuya constitución se ha deteriorado por largos padecimientos físicos y morales, se encontrará en el primer caso, y si sobreviene de repente en una persona robusta, á consecuencia de una pasión de ánimo brusca y violenta, pertenecerá al segundo, lo que no es admisible, tratándose de una enfermedad de igual naturaleza, curso, duración y gravedad, y que solo se distingue en estas dos diversas circunstancias, por el estado que ha precedido á su desarrollo.

Una enfermedad esténica puede realmente degenerar en asténica: una pulmonía que ha exigido un plan antiflogístico muy riguroso y continuado, puede venir á parar en un estado morboso asténico; y una oftalmía muy violenta al principio, después de haber sido tratada con los antiflogísticos, reclama muy á menudo en su terminación los colirios astringentes por el estado de astenia en que se encuentra la conjuntiva. Cuando la debilidad directa se trata con estimulantes muy enérgicos, se convierte en indirecta por el gasto de incitabilidad que se ha producido; y la indirecta puede convertirse en directa, por la consunción de fuerzas, y la disminución ó pérdida total de la incitabilidad. La graduación que se establece desde la salud hasta la muerte, con los términos medios de diátesis y enfermedad, prueban la propensión que tenía Brown á asentar la patología sobre el estudio de las leyes que presiden á la producción de los fenómenos vitales, lo que considerado en abstracto no deja de ser una verdad; pero si se examina en concreto, haciéndonos cargo de las diferentes circunstancias en que pueden encontrarse las enfermedades, y sobre todo cuando tienen un carácter específico, no es tan fácil encontrar esa especie de graduación monótona.

Ya hemos dicho hace poco, que Brown tan solo admite cómo *enfermedades generales*, las que han sido precedidas de *diátesis* ú *opor-*

tunidad, estando destituidas de este carácter las locales. Ya probamos tambien entonces lo infundado de dicha division apoyada en semejantes datos, porque puede haber enfermedades generales, sin que hayan sido producidas por la oportunidad. Esta division se halla fundada en la práctica, la cual está mas en favor de las ideas de Brown en este punto, que de las de Broussais y de todos los organicistas, pues si bien debemos esforzarnos siempre en localizar el mayor número posible de enfermedades, es preciso, sin embargo, confesar que existen muchas que son generales desde su principio hasta su terminacion. Establece tres clases de enfermedades locales, que son: 1.^a *enfermedades locales que se limitan á una afeccion local*, v. gr. las fracturas, heridas, contusiones, etc.: 2.^a *enfermedades locales, que producen una afeccion general* por su influencia sobre la economía, por ejemplo una gastritis ó enteritis: 3.^a *las enfermedades generales degeneradas en locales*, comprendiendo en éstas, todas las supuraciones que dice ser constantemente efecto de una inflamacion cualquiera: las pústulas de la viruela, los bubones y otras se colocan en esta clase. Las causas que producen las enfermedades generales, puede decirse algunas veces que obran sobre toda la constitucion; tal es, por ejemplo, una insolacion que provoca un estado de plétora patológica, en la cual preexistia la oportunidad; pero si existiendo esta misma, se presenta aquella á consecuencia del abuso en la comida ó bebida, las causas no son entonces mas que locales por obrar tan solo sobre el aparato digestivo. No sucede siempre que la naturaleza de las causas y los primeros síntomas aclaren el carácter local ó general de la dolencia; pues unas mismas causas, segun obren de una manera lenta ó brusca, pueden producir enfermedades, ya generales, ya locales, en el sentido que las entiende Brown: no tienen mas valor los primeros síntomas; pues cuando el enfermo siente frio en el momento de ser invadido, ¿quién podrá asegurar que este frio es el principio de una calentura esencial, ó de la inflamacion de un órgano cualquiera? El hacer depender las enfermedades generales de las alteraciones de la incitabilidad, y las locales de las lesiones de tejido, podrá ser en general una verdad, pero se presentan muchas excepciones. En efecto, si admitiésemos que las enfermedades locales no provienen de alteraciones de la incitabilidad, no podríamos admitir la existencia de una parálisis local, siendo

así que se observa con bastante frecuencia. Esto sería, además, establecer un divorcio que no debe ni puede existir entre la organización y la incitabilidad, pues supondría que ambos elementos son cosas enteramente distintas y opuestas, siendo así que están íntimamente enlazadas.

No es exacto que la inmensa mayoría de enfermedades sean *asténicas*, y *esténicas* una pequeña minoría: no hay más que registrar los recetarios y cuadernos de alimentos de los hospitales, para convencerse de esta verdad, pues las bebidas atemperantes y la dieta más ó menos severa figuran en la gran mayoría de los planes de curación, de modo que la proposición debe formularse en sentido inverso de cómo la formuló Brown. Ya hemos visto al principio de los comentarios de este sistema, que el error depende de no haber sabido distinguir la debilidad *verdadera* de la *falsa*, y la *esencial* de la *sintomática*. Tampoco puede admitirse que haya tan solo dos clases de medicamentos, *estimulantes* y *debilitantes*, pues en semejante suposición negaríamos implícitamente la existencia de las enfermedades *específicas*, y consecutivamente los medicamentos del mismo nombre. Con este motivo preguntaríamos á los brownianos, si se empeñarían en curar muchas sífilis constitucionales sin el mercurio, y apelando tan solo á los tónicos ó á los debilitantes, según crean más oportuno. A esto podrán contestar que el mercurio es alterante, y que en su consecuencia obra debilitando; pero á eso replicaremos que el mercurio no cura las sífilis por su propiedad alterante, sino por otra específica que desconocemos. Casi es inútil añadir que la profusión con que los brownianos usan los estimulantes, es hija del error en que están, de que la mayor parte de las enfermedades son asténicas. El ópio, la quina y el vino generoso son para los brownianos el tipo de los excitantes: los medicamentos que ellos usan, se llaman, con razón, *incendiarios*. El daño más considerable que ha inferido á la humanidad el sistema de Brown, es sin duda alguna el abuso que hace de la medicina activa, pues ya hemos visto que fijando toda su atención en la incitabilidad que aumenta ó disminuye, según el exceso ó falta de estímulos, no existe para los brownianos la *espontaneidad* ú *objeto final* de que está dotada la economía, ó sea, la fuerza medicatriz, ni, por lo tanto, la *prudente expectación* que, según hemos visto, es una de las más recomendables cualidades de un

médico, y una de las que mas resaltan en la medicina hipocrática.

La ciencia y la humanidad deben estar agradecidas al célebre Broussais por haber destruido, mejor diremos, pulverizado el sistema de Brown, aunque cayera en otros errores, menos trascendentales que los de su antagonista, segun veremos al ocuparnos de su sistema.

Los principales apologistas de Brown fueron, Roberto Jones, José Franck, hijo, Enrique Marc y Juan Andrés Roeschlaub. El año 1795 fué la época de mayor auge del brownismo; pero desde el mismo año se levantaron ya muchos en su contra, haciéndole varios de ellos una oposicion en que se reflejaban el encono y la mala fé. Cuéntanse entre los impugnadores Francisco Vacca Berlinghieri, Hufeland, Ignacio del Monte y Cayetano Strambio. Estaba, empero, reservado al ilustre Broussais dejar caer la pesada losa sobre la tumba del brownismo, para no resucitar jamás. Nada decimos aquí de uno de los mas célebres impugnadores de este sistema, ó sea Rasori, porque su personalidad está completamente enlazada con otro sistema de que vamos á ocuparnos ahora mismo y que lleva su nombre. Al considerar la suerte que le cupo al sistema de Brown cómo á todos los que le precedieron, es decir, una caida mas ó menos pronta y estrepitosa, recordamos la sábia máxima que consignó el Padre de la medicina en su primer aforismo: *experientia fallax*. Decimos esto, porque el principal título que alegaba Brown en favor de su sistema, era la experiencia, que decia haberle inducido á emplear el uso de los estimulantes en la mayoría de las enfermedades. ¡ A tales errores conducen la preocupacion y el exclusivismo ! Por otra parte el reformador escocés habia tomado bien sus medidas, cerrando todas las puertas que pudiesen dar entrada en su sistema á la idea de *especificidad* que era la mas hostil que podia presentársele. En efecto, así cómo la palabra *irritabilidad* hubiera recordado la accion y alteraciones de la fibra motriz; y la de *sensibilidad*, las del sistema nervioso, etc.; escogió la de *incitabilidad*, representante de una fuerza indeterminada y aislada de todo carácter y hecho especial, y susceptible tan solo de variaciones de cantidad en el total de la economía. Por esto compararon muy oportunamente Trousseau y Pidoux esta fuerza al movimiento abstracto que el matemático somete rigurosamente á las leyes del álgebra.

LECCION LVI.

Sistema de Rasori.

No fueron por cierto, la Escocia, patria de Brown, ni su compañera la nebulosa Inglaterra, los puntos donde mejor se aclimató el brownismo, habiéndolo, por el contrario, verificado en la risueña Italia, en la que fué acogido con entusiasmo; siendo así que en razon de la plácida temperatura de que goza, y, sobre todo, de la susceptibilidad del sistema gástrico que ofrecen sus habitantes, parece que debia haber tenido en ella poco séquito, en virtud de la especie de antagonismo ó incompatibilidad que existen entre la accion de los medios estimulantes y las referidas circunstancias del clima y habitantes de este reino. Broussais explica esta anomalía por la antiquísima preocupacion de juzgar de la debilidad de la economía en general, durante la estacion de los calores, por la del aparato muscular locomotor.

A fines del siglo XVIII ya empezaron los médicos italianos á desertar de las filas del brownismo, en vista de los efectos poco favorables de los estimulantes en el tratamiento de las enfermedades. Estaba escrito en el libro del destino de Brown, que su sistema habia de recibir el primer golpe de muerte de uno de sus discípulos, así cómo él mató el de su maestro Cúllen. En efecto, á principios del siglo actual, ó sea en 1807, se levantó á combatir el sistema de Brown, uno de los discípulos de éste, Juan Rasori, quien envidioso, segun algunos historiadores, de la gloria que á su maestro le habia proporcionado el sistema de los estimulantes, trató de derribarlo, para fundar el suyo sobre sus ruinas.

Rasori tuvo la feliz idea, para conseguir su objeto, de atacar el principio fundamental, la verdadera base del sistema de su maestro, del cual emanan, cómo es consiguiente, los otros principios del mismo. El reformador escocés sentó por base de su doctrina el principio fisiológico siguiente: *Todos los agentes externos aplicados á la economía obran estimulando, no diferenciándose mas que en el grado de*

incitacion que producen, pero siendo ésta exagerada, sobreviene una debilidad indirecta. Rasori, al contrario, estableció el siguiente principio: *Ciertos modificadores gozan de una propiedad sedativa, es decir, que disminuyen las fuerzas vitales del punto á que se aplican, extendiéndose su accion desde allí simpáticamente á toda la economía.* Cómo dichos agentes obran combatiendo el estímulo, y gozan, por lo tanto, de una accion enteramente contraria ú opuesta á los estimulantes, de ahí es, que los denominase *contra-estimulantes*, y por igual razon se llama á este sistema *doctrina del contra estímulo*, y por el nombre del autor, *rasoriana* ó *rasorismo*. Segun nota perfectamente Tomasini, otra de las columnas de este sistema, se podia conciliar con estos principios la necesidad de tratar por los estimulantes los enfermos que habian caido en la debilidad indirecta de Brown, ocasionada por el exceso de estímulo; por cuya razon el descubrimiento de los contra-estimulantes era insuficiente para remediar los males que causaba el brownismo. Habiéndose reconocido los malos efectos de los estimulantes en las enfermedades referidas por Brown á la debilidad indirecta, no se titubeó en poner la existencia de ésta en tela de juicio: así es que Tomasini en 1805, afirmó que el carácter esténico de las enfermedades febriles no se limita á los primeros dias. Viendo que la continuacion del plan antiflogístico en el período adelantado de las enfermedades, en que Brown decia existir ya la debilidad indirecta, producía buenos resultados, se dedujo que la naturaleza esténica de las dolencias se conserva la misma desde el principio hasta el fin, con cuyo apoyo se atacó la asercion del reformador escocés, de que la gran mayoría de las mismas sean asténicas, y de que apenas existan tres por ciento que puedan referirse á la clase de las esténicas. En consecuencia de lo dicho se cambiaron recíprocamente los extremos de la proposicion de Brown acerca del número relativo de enfermedades esténicas y asténicas, y así cómo decia éste que las segundas eran las mas, y las primeras las menos, habiendo llegado á clasificar entre las enfermedades asténicas, 98 de 100; sentó Rasori que entre 100 las 90 eran esténicas. Esto fué la causa de que con muchísima razon se haya dado al sistema de Rasori el nombre de *brownismo invertido*, con mas motivo que á la doctrina de Broussais, pues segun iremos viendo, conservando Rasori, lo mismo que Brown, las dos diátesis,

mas que invertir el órden recíproco, en el número se entiende, de las enfermedades esténicas y asténicas.

Pasemos ya á exponer reunidos los principios mas culminantes de la doctrina contra-estimulista.

1.º Muchas sustancias obran sobre la fibra viviente en un sentido diametralmente opuesto á la accion estimulante, de donde resultan efectos que Brown no atribuia sinó á la disminucion de los estimulantes. (Repetimos este principio de que acabamos de ocuparnos, cómo base fundamental del sistema, para que se vea el enlace que tiene con los siguientes.) 2.º Por medio de dichas sustancias se quitan los efectos del estímulo excedente, aun sin evacuacion, lo que los ha hecho llamar *contra-estimulantes*, y tambien pueden producir enfermedades, que no logran curarse sinó por los estimulantes. 3.º De esta manera se encuentra en los *contra-estimulantes*, no menos que en la sangría y en los purgantes, un medio de curacion para todas las enfermedades de estímulo; y vice-versa, en los *estimulantes* el remedio de los efectos de los contra estimulantes. 4.º La fibra soporta los *contra-estimulantes*, ó los *estimulantes*, tanto mas, ó en mayores dosis, cuanto mas considerable es la *diátesis del estímulo ó del contra-estímulo*. 5.º Segun lo dicho en el principio anterior, se admiten las dos diátesis del sistema de Brown, cambiando solo sus nombres, llamando de *estímulo* á la *esténica*, y de *contra-estímulo* á la *asténica*; y se entiende por ellas *el modo de ser de las dos fuerzas que dan origen á los estados morbosos*. 6.º La medida de la diátesis se encuentra mas bien en la facultad de soportar los estimulantes y los contra-estimulantes, que en los mismos síntomas. 7.º Existen dos causas para la produccion de los fenómenos que se observan en el hombre, denominadas *estímulo* una, y *contra-estímulo* otra: de su completa armonía resulta el estado de salud, en el cual están recíprocamente neutralizadas. 8.º El estado de enfermedad es hijo del exceso de accion de una de las dos referidas causas: la estimulacion resulta de la accion exagerada de la primera, la contra-estimulacion de la de la segunda. El principal objeto del médico se reduce á conocer el estado que predomina, y la indicacion de aplicar los medicamentos ya estimulantes, ya contra-estimulantes, segun los casos. 9.º Los medios estimulantes ó *hiperestenizantes* son los alimentos que contienen muchos principios nutritivos, el vino, los licores al-

cohólicos, las sustancias aromáticas y el ópio. Los contra-estimulantes ó *hipostenizantes* se dividen en *indirectos* y *directos*. Los primeros lo son tan solo por la sustraccion de los agentes necesarios á la vida, v. gr. la disminucion ó abstinencia completa de alimentos, la sangría, las pasiones deprimentes y la accion del frio. Los directos son los que de una manera inmediata ó directa disminuyen las fuerzas: tales son el antimonio y sus preparados, el mercurio con todas sus sales y óxidos, el hierro, el plomo, y en una palabra, casi todos los minerales, los purgantes, el acónito, la digital, la escila, el cólchico, la gutagamba, todos los amargos, el laurel-cerezo, la belladona, el ácido hidrocianico y el haba de San Ignacio. 10.º Los efectos de los referidos medicamentos se dividen en primitivos y secundarios, llamando además á los primeros *físico-químicos*, y á los segundos *dinámicos*. Aquellos se aprecian, segun indica su mismo nombre, por la accion física y química, y éstos por la vital ó dinámica. Los últimos son de un interés mayor para dicha escuela, circunstancia que nos explica la razon por qué se encuentran entre los contra-estimulantes, medicamentos de clases muy distintas y de accion muy diversa, segun enseña la materia médica, con tal que tengan una virtud dinámica hipostenizante. 11.º El contra-estimulismo marca ciertas circunstancias que deben siempre tenerse á la vista, cuando se trata de administrar los contra-estimulantes, y son las siguientes: 1.ª para que se administren dichos agentes, es necesario que esté muy pronunciada la diátesis de estímulo, pues si fuera débil, ó no se obtendria efecto ninguno, ó resultarían nocivos: 2.ª deben darse á dosis muy altas, pudiendo esto verificarse desde el principio, á pesar de la intolerancia que no tarda en desaparecer, ó bien puede empezarse por pequeñas dosis, aumentándolas sucesivamente, en cuyo caso se presenta muchas veces la tolerancia desde el principio: 3.ª cómo los contra-estimulantes únicamente son tolerados por la economía mientras existe la diátesis de estímulo, es preciso disminuir ó abandonar del todo el uso de los mismos, cuando ésta declina ó desaparece; pues de no tener semejante precaucion, se sumergiria al enfermo en una hipostenia que podria serle funesta. Parecen fabulosas las altas cantidades de medicamentos heróicos que administra, con tolerancia se supone, el rasorismo, habiéndose llegado á dar en las veinte y cuatro horas, 25 ó 30 granos de tártaro emético, con la particulari-

dad, que en semejantes casos los efectos físico-químicos han sido mucho mas débiles, que cuando las dosis son menores, mientras que los dinámicos son siempre mas ó menos notables. 12.º Los medicamentos que por ser estimulantes se emplean para combatir la diátesis de contra-estímulo están sujetos á iguales reglas. Dice Guersent que los médicos contra-estimulistas han llegado á dar á los diabéticos, en el espacio de 36 dias, sin producir el narcotismo, mas de tres onzas de ópio, ó sean de 1,728 á 2,000 granos.

Expuestas las principales bases del contra-estimulismo, vamos á ocuparnos ya de su parte crítica.

Empezaremos por aducir la filosófica y exacta analogía que establece Varela de Montes entre la doctrina del *contra-estímulo* y la de *la irritacion*, por una parte, y de la misma con *la homeopatía* por otra, de las cuales nos ocuparemos muy pronto. Dice, á propósito de esto: «No parece sinó que Rasori, Gianini y Tomasini presentian la época de Broussais y de Hahnemann.» En efecto, el predominio de las enfermedades de estímulo ó hiperesténicas sobre las de contra-estímulo ó hiposténicas, es un carácter que al paso que distingue la doctrina de Rasori de la de Brown, la asemeja á la de Broussais; y las leyes de la tolerancia de los medicamentos y sus contra-estimulantes le imprimen ciertos rasgos de semejanza con el sistema alemán de los específicos, si bien es cierto que se distinguen notablemente bajo otro punto de vista, cual es la diferencia de las dosis de los medicamentos que forman el contraste mas chocante y casi inconcebible que haya podido existir jamás desde el origen de la medicina hasta nuestros dias, no siendo exageracion alguna decir, que con la cantidad de tártaro emético que administramos para la curacion de una pulmonía tratada por el método del contra-estímulo, tendrian los homeópatas de sobras, para tratar por millones de siglos todas las enfermedades que puede padecer el género humano, en las cuales esté indicado dicho medicamento. Por lo demás ambas tratan de producir una enfermedad artificial. «No obstante, sigue diciendo el referido profesor, esta comparacion entre verdades de tres sistemas muy conocidos, no tiene ni pudiera tener el objeto de confundirlos, ni de considerarlos semejantes: solo me ha movido á ello el deseo de llamar la atencion sobre el modo cómo se suceden las ideas, cómo se utilizan palabras que á veces parecen insig-

nificantes, y cómo no dejan de parecerse, en el fondo, sistemas que se presentan en el campo científico haciéndose una guerra á muerte.»

Rasori dijo una verdad, cuando sentó el principio de que *existen ciertos modificadores que gozan de una propiedad sedativa*; pues haciendo abstraccion, por un momento, de los medicamentos comprendidos en nuestros tratados de materia médica, en la clase de los estimulantes, y que obran efectivamente cual contra-estimulantes, sedantes, debilitantes ó hipostenizantes, llámense cómo se quiera, según nos lo manifiesta todos los días la administracion del tártaro estibiado en el tratamiento de la pneumonia; prescindiendo, repetimos, de estos medicamentos, no hay mas que citar todos los mucilaginosos y aceitosos, cuyos efectos inmediatos son relajar la fibra y disminuir la accion de las propiedades vitales, para poner de manifiesto el error de Brown, cuando afirmó que todos los cuerpos puestos en contacto con la economía viviente la estimulan, concediendo tan solo que el estímulo producido por los menos enérgicos, es menor que el que producen los mas enérgicos: esto prueba que confundió la *incitacion débil* con la *sedacion*, deduciéndose, por lo tanto, de este error la falsedad de la principal base de su sistema de estimulacion.

Si bien no podemos conceder que, según pretende la Escuela de Rasori, se quiten los efectos del estímulo excedente, aun sin evacuacion, por medio de sus contra-estimulantes, que corresponden en nuestra materia médica á los estimulantes; no podemos tampoco negar que el tártaro emético á altas dosis desempeña admirable y constantemente este bello ideal del rasorismo en el tratamiento de la pulmonía; lo verifican tambien el sulfato de quinina y el azoato potásico, ó sea el nitro á altas dosis igualmente, en el del reumatismo articular agudo, en cuyos tres casos obran, en efecto, cómo sedantes, los respectivos medicamentos. ¿Podremos, empero, decir lo mismo de los otros contra-estimulantes? Parece hasta cierto punto, que estos buenos resultados deberian autorizarnos para hacer aplicacion de ellos á otros casos análogos; pero profesando, cómo profesamos, la medicina de observacion, no podemos de modo alguno obrar con esta especie de ligereza, y es preferible aguardar á que, poseyendo quizás mas adelante mayor copia de datos acerca de este particular, pueda la experiencia pronunciar un fallo mas ó menos decisivo. Diremos, por lo tanto, que en el

dia no pueden considerarse cómo debilitantes los medicamentos que ha condecorado la Escuela de Rasori con el título de *contra-estimulantes*. Si ésta no hubiese tenido la pretension de atribuirles dicha virtud, aun sin producir evacuaciones, y hubiese consignado la presentacion de éstas cual carácter indispensable para obtener la hipostenizacion, entonces su doctrina hubiera sido mas admisible, porque no hay duda alguna, que á pesar de que ciertos medicamentos especiales, que obran, por lo tanto, sobre aparatos determinados, provocando evacuaciones en algunos de ellos, producen efectos irritativos, sin embargo, mediante esos descartes mas ó menos copiosos que promueven, no solo quedan neutralizadas dichas irritaciones, sinó tambien la morbosa que obligó á echar mano de los medios referidos para combatir la misma. En este caso su medicina se hubiera parecido á la de los antiguos, aunque éstos eran mas precavidos, pues la mayor parte de veces que administraban los purgantes, eméticos, fundentes, diuréticos, emenagogos, etc., preparaban, digámoslo así, los enfermos, con el uso prévio de los emolientes, y hasta de las sangrías.

Supuesto, empero, que estamos perfectamente convencidos de la virtud hipostenizante del tártaro emético en la pulmonía, vamos á ver si podemos darnos una explicacion de su modo de obrar, para comprender sus favorables resultados, los cuales si bien son rechazados por la razon, han obtenido la sancion de la experiencia, que es el mejor galardón que pueden apetecer los medicamentos.

El tártaro estibiado fué el punto de partida del sistema de Rasori, y el tipo á que refirió muy pronto una multitud de medicamentos que, segun él, *se colocaban indebidamente en la clase de los estimulantes, por apariencias engañosas*. Rasori cree que obra por la fuerte accion contra-estimulante que establece sobre los órganos digestivos, y que su modo de accion es análogo y hasta igual al de la sangría; pero no es admisible esta opinion, por ser contraria á lo que nos enseña la experiencia; pues se ha observado en algunas epidemias de pulmonía que el uso exclusivo de los antimoniales produce la desaparicion de los fenómenos febriles con mas prontitud que cuando se sangra al enfermo préviamente ó al mismo tiempo. Cree el mismo, que tan solo tolera la economía los antimoniales á dosis altas cuando se encuentra en determinadas condiciones, es decir, cuando existe una diátesis de esti-

mulo. Aunque tengamos esta misma creencia, no dejaremos, sin embargo, de recordar que nunca se establece mas pronto la tolerancia que cuando los enfermos están muy debilitados. Mas diremos, si las personas que disfrutan de la mas cabal salud toman altas dosis de tártaro emético, guardando al mismo tiempo una severa dieta, podrán tolerarlas bien: así se deduce, por lo menos, de los ensayos que han hecho Trousseau y Pidoux, quienes aseguran que «la misma dosis de antimonio que el dia anterior no habia causado vómitos ni cólicos, cuando el enfermo estaba á dieta rigurosa, determinaba al siguiente ligeros desórdenes de las funciones digestivas, desórdenes que aumentaban en proporcion de los alimentos.»

Dance y Chomel opinan que los antimoniales no disfrutan de virtud alguna especial, y que tan solo la tienen cuando producen los vómitos y la diarrea, obrando en este caso cual simples vomitivos ó purgantes. Broussais profesa casi la opinion de dichos médicos, atribuyendo los buenos resultados del medicamento á la poderosa revulsion que se ejerce en la extensa superficie de la mucosa gastro-intestinal. Los dos primeros prácticos apoyan su opinion en el éxito favorable que en el reumatismo articular se obtiene de los antimoniales, cuando sobrevienen vómitos y diarrea; pero cómo no sucede lo mismo en la pulmonía, diremos que este argumento de analogía conduce á una mala consecuencia, cual sucede muchas veces cuando nos valemos de esta clase de argumentacion. Refutando esta opinion, rechazamos implícitamente la de Broussais, pues una y otra son insostenibles, toda vez que se observa que las pulmonías que mejor se curan son aquellas en que se establece pronto una perfecta tolerancia: á mas de que si dependiese la curacion del fuerte estímulo que se produce en la mucosa digestiva y en las evacuaciones que la subsiguen, se obtendria tambien por medio de la ipecacuana y de los purgantes drásticos.

Otros creen poder explicar dicha accion, diciendo que la congestion considerable y permanente que se verifica en la referida mucosa digestiva, y la replecion de todo el sistema de la vena porta, sostenida por espacio de muchos dias, puede producir una derivacion tan considerable, que sea capaz de desviar el elemento inflamatorio del pulmon. A decir verdad, no creemos suficiente esta derivacion, ni aunque fuese muchísimo mayor, para curar la pneumonia.



Trousseau y Pidoux la explican por una *accion especial* que tienen los antimoniales sobre los centros circulatorio y respiratorio, apoyando dicha accion en los efectos fisiológicos de dichos medicamentos que rebajan la frecuencia de la circulacion y respiracion; de la misma manera que el ópio es un sedante del sistema nervioso, y así de los otros especiales.

No falta quien ha querido explicarla por medio de los sacudimientos que acompañan al vómito, suponiéndolos una especie de medio resolutivo que activa la absorcion del pulmon, ó por los sudores que á consecuencia de los mismos se presentan; opinion que tampoco puede admitirse por las mismas razones que hemos dado al hablar de los vómitos y diarrea. En medio de tantas opiniones, ninguna de las cuales satisface, si prescindimos de la de *especialidad*, lo que en rigor nada aclara, no creemos sea desacertado decir que los antimoniales obran cómo *alterantes*. Por otra parte, poco nos interesa la accion del medicamento en busca de la cual vamos, pues lo principal es obtener la curacion, por mas que nos sean desconocidos los fenómenos que median entre la aplicacion del medicamento y su resultado favorable. Esto sucede con los específicos, siendo ellos precisamente los medicamentos en que mas fiamos. Es tan exacto cómo fácil de comprender, que los contra-estimulantes pueden producir enfermedades que solo se curen por los estimulantes, pues producida una enfermedad de debilidad, nada mas natural que tratar de promover la estimulacion.

Tampoco ofrece la menor duda que se encuentra en los contra-estimulantes, sangría y purgantes un medio de curacion para todas las enfermedades de estímulo, y vice-versa en los estimulantes el remedio de los efectos de los contra-estimulantes; refiriéndonos tan solo á aquellos de estos últimos que están sancionados por la experiencia.

Es tambien conforme á ésta y á la razon, que la fibra soporte los contra-estimulantes ó los estimulantes tanto mas ó en mayores dosis, cuanto mas considerable es la diátesis del estímulo ó del contra-estímulo: en efecto, suponiendo cierta relacion proporcionada entre la energía del estimulante y el grado de sensibilidad de la fibra á que se aplica (pues sabemos que si la sensibilidad y debilidad son muy exageradas, el estímulo no debe ser muy fuerte para que no sobrevenga verdaderamente un aumento de debilidad ó sea una debili-

dad indirecta); suponiendo aquella circunstancia, repetimos, es tan exacto cómo decir que una persona robusta tolera las evacuaciones de sangre mejor que otra débil; y vice-versa, que los débiles soportan mejor que los robustos la accion de los tónicos y de los estimulantes.

Las mismas razones en que nos apoyamos para negar la existencia de las diátesis *esténica* y *asténica* de Brown, tenemos para negar las de *estímulo* y *contra-estímulo* de Rasori. Esa uniformidad ya de excitacion ya de debilidad en toda la economía, considerando á ésta como una máquina de física, podia en buen hora ser admitida por dichos médicos anteriores á la publicacion de la *Anatomía general* de Bichat, y del *Exámen de las doctrinas médicas*, y del *Tratado de flegmasias crónicas* de Broussais; pero seria imperdonable que despues de semejantes trabajos que tanto honran á la Francia, admitiésemos dichos estados uniformes de la economía.

Está muy en su lugar la escuela rasoriana cuando dice: « que la medida de la diátesis se encuentra mas bien en la facultad de soportar los estimulantes y los contra-estimulantes, que en los mismos síntomas. » Verdaderamente así sucede: admitiendo las diátesis con las restricciones que nos impone el distinto modo de vivir de los diferentes tejidos, no hay duda que la medida de las mismas se encuentra mas bien en la tolerancia de los medios que se emplean para combatirlas, que en los mismos síntomas, pues éstos son á menudo falaces por presentarse los de igual carácter en una persona débil y en otra robusta: un ejemplo muy sencillo aclara esta asercion; con iguales caracteres sintomáticos se presenta un acceso de calentura intermitente esencial en una persona robusta, que el de una sintomática en un tísico próximo á espirar por la consuncion de sus fuerzas.

A la manera que está tranquila la atmósfera cuando las electricidades positiva y negativa se encuentran equilibradas; y el cuerpo del hombre disfruta, por lo general, de buen estado de salud cuando se halla en un regular estado de fuerzas, no existiendo, por lo tanto, ni exceso de tono ni debilidad; á la manera que tienen lugar estos fenómenos, resulta igualmente el mas completo estado de salud, cuando se hallan recíprocamente neutralizadas las diátesis de estímulo y contra-estímulo. Fácilmente se comprenderá que nos limitamos á considerar la enfermedad tan solo bajo el punto de vista de cantidad de fuerzas,

prescindiendo completamente de la cualidad de las causas morbosas, ó sea, de la *especificidad*.

Tratándose de un sistema médico que considera tan solo *el mas ó el menos de las fuerzas* en la produccion de las enfermedades, suprimiendo completamente la *especificidad*, no hay la menor duda que es muy lógico decir que el estado de enfermedad es hijo del exceso de accion de una de las dos referidas causas, esto es, del estímulo ó del contra-estímulo, produciendo la estimulacion el exceso del primero, y la contra-estimulacion el del segundo; y que el principal objeto del médico se reduce á conocer cuál de estos dos casos existe, para tomar las indicaciones oportunas.

Tocante al catálogo de sustancias y medicamentos que componen las dos clases de estimulantes y contra-estimulantes, diremos, con referencia á los primeros, que si bien el ópio, al paso que es un calmante del sistema nervioso, es un excitante del sanguíneo, parece que le concede el *rasorismo* á dicha sustancia una virtud excitante muy exagerada. La division de los contra-estimulantes en indirectos y directos es muy lógica: por lo que toca á la accion de los directos, ya hemos consignado nuestra opinion, admitiendo tan solo la de aquellos que ha sancionado la experiencia.

Uno de los puntos mas interesantes, mas filosóficos y que prueban mayor ingenio en el fundador del sistema contra-estimulista, es el de la division de los efectos de los medicamentos en primitivos y secundarios, refiriendo á los primeros la accion *físico-química*, y á los segundos la *dinámica*. Esto nos demuestra desde el momento, que no se dá á esta division el mismo significado bajo el que generalmente se la entiende, pues así cómo para nosotros las palabras *efecto secundario* son sinónimas de *efecto curativo*, en el sistema que nos ocupa suenan cómo *efecto dinámico ó vital*. Hemos dicho ser éste uno de los puntos de mayor interés, mas filosóficos y que prueban mayor ingenio, porque dado caso de que la experiencia comprobase la accion contra-estimulante ó hipostenizante de los medicamentos que nosotros tenemos por estimulantes, se explicarian perfectamente por esta distincion las dos clases de efectos *físico-químicos* y *dinámicos* de los medicamentos, al parecer opuestos; pues la accion *estimulante* de los primitivos, rechaza hasta cierto punto la admision de los secundarios, ó di-

námicos representados por la hipostenizacion; cuya accion por inconcebible que parezca, hemos aceptado, sin embargo, en el tártaro emético sobre todo, así cómo tambien en el nitro y sulfato de quina, toda vez que es muy sabido aquel principio filosófico que dice: «donde hablan los hechos, debe enmudecer el raciocinio.»

Acerca de las reglas ó circunstancias que recomienda el sistema del contra-estímulo en el tratamiento de las dolencias, advertiremos que son muy acertadas, supuesta la certeza de sus bases, y hasta alguna de ellas con arreglo á los conocimientos generales de medicina. En efecto, nada mas lógico que recomendar, para que se administren los contra-estimulantes, que es necesario que esté muy pronunciada la diátesis de estímulo, porque, de lo contrario, pueden ser nulos los resultados y hasta nocivos. Por lo que toca á las altas dosis de los medicamentos que prescribe, diremos que éste es, si puede permitirse la expresion, *el secreto del contra-estimulismo*, no pudiendo hacer mas en este lugar, que referirnos á lo que hemos dicho antes, cuando tratamos de explicar la tolerancia de la economía para la administracion de medicamentos tan enérgicos y á dosis tan crecidas. Lo que no es muy fácil de comprender es, que en los casos en que se dan altas dosis de medicamentos estén en razon inversa de las mismas los efectos físico-químicos de éstos; pues prescindiendo de lo que pudiese suceder con los dinámicos, pareceria natural que cuanto mas altas fuesen las referidas dosis de los estimulantes, fuesen mas pronunciados sus efectos primitivos. Tambien es muy justo aconsejar, que á medida que rebaje la diátesis de estímulo, disminuya tambien el rigor de los contra-estimulantes, pues es muy obvio que de no existir esta relacion entre la energía de la diátesis y la del plan medicinal encargado de combatirla, se agravaria por la debilidad el estado del enfermo. Esto seria lo mismo que si en una pulmonía, para cuya curacion basta la extraccion de cuatro libras de sangre, por ejemplo, nos empeñásemos en extraer seis, exponiéndonos en este caso á rebajar demasiado las fuerzas del enfermo, estorbando, en consecuencia, la marcha franca de la naturaleza hácia una rápida curacion. Por fin, lo que acabamos de decir acerca de la administracion de los contra-estimulantes en las enfermedades por exceso de estímulo, entiéndase relativamente, de la de los estimulantes en las de debilidad ó de contra-estímulo.

Dedúcese, pues, de todo lo referido, que el sistema de Rasori tiene, cómo todos los sistemas, errores y verdades, y que, por lo tanto, la medicina ha reportado de él alguna utilidad. ¿Qué necesidad hay, en efecto, de admitir las dos fuerzas de estímulo y de contra-estímulo para explicar los actos de la vida tanto en estado de salud, cómo en el de enfermedad, pudiendo reducirlas á una representada por el conjunto de las propiedades llamadas vitales, ó sea, el principio vital ó la fuerza medicatriz? En este punto afirma Hoyos-Limon haber olvidado Rasori aquel principio de filosofía natural que dice: *Frustra fiunt per pauca quæ fieri possunt per pauciora*. En vano se hace por poco lo que puede hacerse por muy poco ó por menos. No admitiendo, en consecuencia, la unidad en la economía, tampoco puede admitir, ó por lo menos, no puede comprender la finalidad ó los esfuerzos críticos de la naturaleza. En este sistema lo mismo que en el de Brown, no tienen tampoco cabida los medicamentos *específicos*, por no tenerla la especificidad de las enfermedades, pues lo mismo que en aquel *la cantidad es el todo, la especificidad es la nada*.

Al lado, empero, de estos errores, existe una gran verdad, que desconocíamos antes de Rasori, y es que hay ciertos estados morbosos de nuestro cuerpo, en los cuales existe una tolerancia particular, extraordinaria, mas diremos, fabulosa, para altas dosis de medicamentos, no solo estimulantes, sinó hasta irritantes algunos de ellos: recuérdese lo que hemos dicho de la administracion y buenos resultados del tártaro emético en la pulmonía. Una tolerancia análoga se observa para el ópio en el tétanos, baile de San Vito y *delirium tremens*. Diremos, pues, que el rasorismo ha colocado tambien su piedra en el edificio de la terapéutica, y que, por lo tanto, si bien lo rechazamos cómo sistema, admitimos las verdades en él contenidas, por hallarse en armonía con la experiencia.

Los sectarios del mismo fueron Tomasini, discípulo del fundador, Gianini, Borda y otros varios médicos italianos, pudiendo decirse que el *rasorismo* nació y murió en Italia, sin haber extendido su dominio á otras regiones.